

"PRESENTACION" PARA NUMERO DE REVISTA UNIVERSITARIA

En todo el mundo se hacen preparativos para la llegada del año 2000. Se llega a generar la ilusión de que el cambio en los guarismos debería traer alguna especial novedad. De esa ilusión viven por cierto incontables campañas publicitarias o iniciativas comerciales que quisieran asociarse a la llamativa alteración del calendario.

Es fácil pensar que todo eso es sólo un alboroto pueril. Pero vale la pena preguntarse: ¿Qué es lo que tienen - en general - los aniversarios, que a nadie dejan por entero indiferente ?

La perspectiva contemporánea es ya muy distinta de aquella que fue familiar para tantos pueblos por espacio de milenios, de un tiempo circular, en el cual los ritos de las fiestas sirven para que vuelva a manifestarse la eficacia de algún acontecimiento divino que se recuerda en los mitos. Los ciclos de la naturaleza, la vuelta de las estaciones y el curso de los astros, delinean así una especie de perpetuo presente.

Tampoco sentimos como la Antigüedad clásica que concibió un tiempo vuelto hacia el pasado, e hizo de muchos de sus grandes proyectos una suerte de regreso al origen.

Levinas ha comparado esa forma de tiempo con los viajes de Odiseo. Por largo y azaroso que fuera el trayecto, él conducía de vuelta a la isla natal. Los contraponen entonces al viaje de Abraham emprendido hacia una tierra nueva, nunca vista, a un tiempo pues, trascendente, que se interna como una flecha en lo desconocido.

Ese era el trayecto que mentaba la voz que le habló a Moisés desde la zarza, y que lo hizo remitiéndose a acciones del pasado: "Yo soy el Dios de tus padres...", pero en el mismo acto, abriendo un futuro de libertad, desde un presente de sufrimiento y opresión. Al trazar una dirección, abrió un tiempo de esperanza, no de nostalgia ni tampoco de retorno hacia lo mismo.

Con esta forma de mirar, las fiestas tomaban un significado distinto. Ellas jalonaban ahora el curso rectilíneo e irreversible de la historia, recordaban los inicios, explicaban su sentido y avivaban el deseo de la consumación. Y en los años jubilaires, toda la existencia del pueblo, hasta la vida civil y comercial, volvía a manifestar la alegría del nacimiento.

La Encarnación del Verbo de Dios trae la novedad de un acontecimiento histórico y cósmico, más sobrecogedor aun que el del comienzo del universo. A

raíz de él aparece un futuro de plenitud que se ha hecho ya presente entre nosotros.

Pero la sociedad en la que vivimos se ha hecho escéptica, y cree cada vez menos que haya una Voz que la llama y la interpela. La propia dinámica de la técnica la impulsa a programar el porvenir, despojándolo de su carácter de contingente e imprevisto. Se habla del fin de la historia, o sea de que todos los caminos llevan a alguna parte y a ninguna, como en el mito del laberinto por cuyo interior podemos vagar por tiempo corto o largo - y del cual lo único que sabemos es que en algún recodo espera el minotauro. Y si no hay dirección, no hay propiamente camino, que es lo que parece decir el poeta cuando escribe que no hay camino, que se hace camino al andar, lo que vendría a significar que todos los caminos pertenecen al pasado: son lo que ya se anduvo. Es como si la historia de los pueblos estuviera destinada a detenerse, como si hubiera de ser reemplazada por miríadas de pequeños destinos parcelares que se proyectan un instante hacia la altura y vuelven a la nada como fuegos artificiales en un eterno retorno hacia lo mismo.

Son horizontes distintos de los de aquellos tiempos en los que Joaquín de Fiore creía que la historia empezaba a ser guiada por el pueblo del Espíritu, o de los otros en los que Manuel de Lacunza imaginaba a los peregrinos en Jerusalén viendo cara a cara a "...la persona infinitamente amable y admirable del Hombre-Dios..." Distintos también de los que vieron surgir la escatología secularizada de las grandes ideologías. Tal vez por eso es que se siente a ratos como que flota sobre este siglo una nube de tristeza. No podemos creer que esto que vivimos sea realmente la consumación, ni imaginarnos que pueda sobrevenir verdaderamente un cambio. Parece que se hubieran marchitado los grandes deseos colectivos.

Por eso brota en todas partes un hambre de sentido. La inquietud por encontrar formas pacíficas y sólidas de convivencia social, la fascinación por el equilibrio ecológico, el religioso anhelo de trascendencia, son algunas de las muchas muestras de una inquietud profunda. Aquí la fe cristiana tiene una palabra decidida que decirles a todos porque "Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre es en realidad una sola, es decir la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que en la forma que sólo Dios conoce se asocien a este misterio pascual"

Nosotros aceptamos por cierto un tiempo irreversible en el que cada uno corre su único camino. Pero creemos que en ese curso temporal irrumpió la eternidad. La fe cristiana difiere de otras religiones, que también buscan a Dios, en que ella confiesa que es Dios quien busca al hombre. El milenario de la Encarnación es como un jubileo en la historia de esa búsqueda, de la cual

sabemos que tiene una fuerza que es capaz de agrietar la espesa costra de desconcierto que nos esconde hasta la luz del día en que vivimos.

La Iglesia no es una colección de individuos, sino un pueblo que tiene también su memoria colectiva en la que es capaz de guardar tanto la memoria arrepentida de sus grandes faltas como el recuerdo agradecido de los beneficios de que se ha visto colmada. Con ese tesoro en su mano ella quiere ir en ayuda de todos, porque no se va a dejar confundir por el engaño de que el mundo carece de sentido. Más bien abordará la incertidumbre del futuro como un mar abierto donde el viento del espíritu sopla adonde quiere.

En la mentalidad contemporánea del espectáculo, el milenario de la Encarnación va a ser probablemente una fecha estrepitosa, pero no serán el ruido ni las luces los que lleguen a ocultar el vacío. Sin embargo, hasta ellos pueden servir para que nos acordemos del jubileo y hagamos de él una ocasión de toma de conciencia. Hoy, a unos pocos años todavía de la fecha, esta Revista Universitaria quiere hacerles esa invitación a sus lectores.